

# Cartas de mujeres Perú

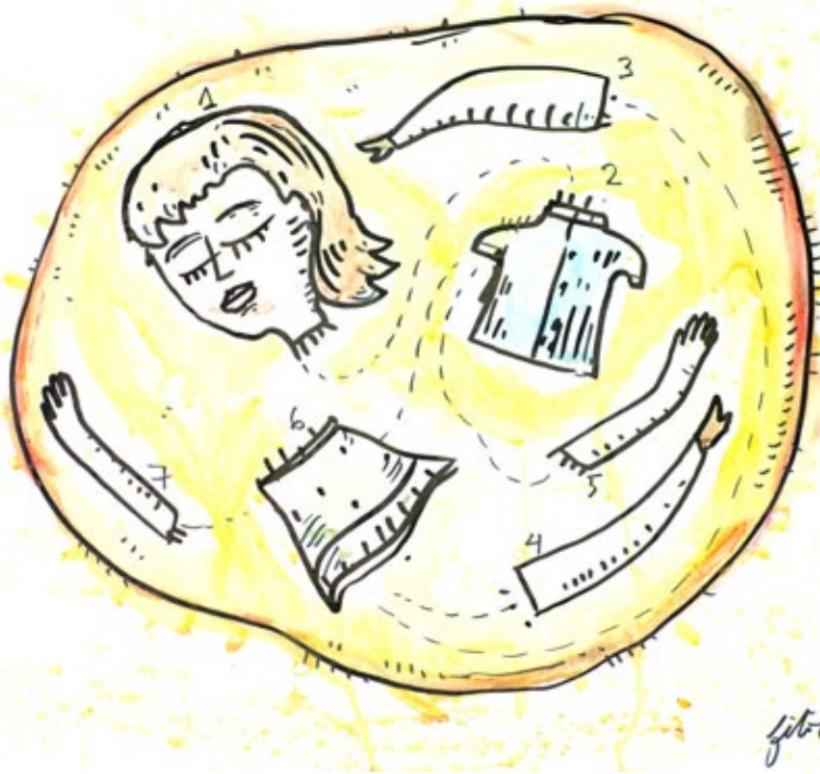


foto: Lynne

AGUILAR











# Cartas de mujeres Perú



**AGUILAR**



Un sello editorial de  SANTILLANA

*Cartas de mujeres*

© 2013, GIZ

© De esta edición: 2013, Santillana S.A.

Av. Primavera 2160, Santiago de Surco

Lima 33, Perú

Tel. 313 4000 / Fax 313 4001

**De las textos introductorios:**

©Patricia del Río

©Erika Stockholm

©Gustavo Rodríguez

©Mercedes González

©Alonso Cueto

©María José Osorio

©Leonor Bravo

**De las ilustraciones de cubierta e interiores:**

©Fito Espinoza

**De las fotos:**

©GIZ

Primera edición: febrero de 2013

Tiraje: xxxx ejemplares

Hecho Perú – *Made in Peru*

Gerencia de Proyectos Institucionales: Raphael Pajuelo Prado

Dirección editorial: Rubén Silva

Diseño y diagramación de cubierta e interiores: Wendy Drouard

Edición: David Abanto Aragón

Todos los derechos reservados.

Esta Publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

# Presentación

La campaña «Cartas de Mujeres» nos ha regalado historias de vida de hombres, mujeres, niños, niñas y jóvenes alrededor de la violencia contra las mujeres. Las palabras de estas historias son potentes, desgarradoras, armas para la defensa de nuestros derechos. En este texto encontraremos cómo las palabras han ido entretejiendo historias, testimonios, reflexiones para hacer frente a la sinrazón, al miedo, a la complicidad y la indiferencia. Se han convertido en voces que susurran, recuerdan, cuestionan y demandan. La violencia contra las mujeres a diario descarna la realidad y nos sume en la profundidad del dolor que ocasiona. Las cartas, además, no quieren ser solamente leídas atentamente, si no que te convocan a dar el siguiente paso.

Anacleta Justiniana recuerda las terribles escenas de su infancia cuando un padre violento sumía a su

madre en la más grande historia de horror que una niña de 5 años pueda imaginar. Desde pequeña Rayito de Luna recurrió a la fealdad para librarse del asedio y la amenaza constante de la violencia sexual. Una niña nos dice que en su colegio el profesor minimiza a mujeres señalando que son solo depósitos de semen.

En su temprana adolescencia Ana Lucía vivió la cólera, tristeza y asco, se sintió sucia cuando jóvenes, adultos y ancianos se acercaban, la invadían y decían groserías al oído, la desvestían con la mirada, la silaban, le lanzaban sonidos de besos, padres de familia con niños de la mano diciéndole las frases mas vulgares que ha escuchado en su vida. No se podía explicar toda esta violencia solo por usar una falda que le habían regalado recientemente. Ana Lucía tenía 11 años.

Encontramos historias de amor que desencadenaron en relaciones de violencia y abuso constante, como la de Azuca, que tocó fondo cuando un día se descubrió escondida bajo la cama, muerta de pánico, con las piernas moradas por los golpes y escapó. La historia de Roxfio está llena de maltrato, reconciliación y perdón, y nuevo y mayor maltrato en cada ocasión, ella nos habla del dolor y desgarro de una vida cuando no se detecta a tiempo que el amor enfermizo no es amor, es maltrato, destruye y es necesario cortarlo de raíz.

Para Juana Rosa la cotidianidad está llena de desvalorización y constante humillación. Su esposo la llama calabacita, le dice que no tiene nada en la cabeza, *toc-toc*, que no piensa, que no entiende, que es fea y que no vale la pena perder el tiempo escuchándola, que lo aburre, que debe callar cuando él se lo indique.

La historia de María es la de tantas otras peruanas traídas del campo a la ciudad a trabajar en una casa donde tiene que soportar el acoso sexual de parte de uno de los patrones además de todos los maltratos, acusaciones, golpes, amenazas de la persona que la trajo del campo. Quiso escaparse pero no pudo, la encerraban con llave.

Mercy ha vivido el engaño, la prostitución forzada, las llamadas acciones quirúrgicas voluntarias y sus graves secuelas, la desaparición de un hijo, el maltrato y discriminación por ser una mujer analfabeta, una vida sumida en el miedo y dolor.

Alejandro ha visto mucho maltrato hacia las mujeres y reflexiona en torno a la construcción de la masculinidad basada en la violencia física, sicológica y simbólica. Señala que el gran reto es volver el problema de la violencia contra las mujeres de interés público, que no sea un calvario que las mujeres tengan que llevar solas por dentro sino que todo su entorno e instituciones públicas se interesen y hagan algo.

Víctor recuerda a su madre llorando con la nariz rota y a su padre golpeándola como si fuera un animal, dejándola convulsionando en el piso mientras la sangre corría como un río, y él, a los 8 años, pequeño, incapaz de poder hacer nada.

Esto es solo una pequeña muestra de todo lo que se puede encontrar en las cartas que este texto contiene, y que se complementan y dialogan con textos de gran sensibilidad y compromiso que nos presentan autoras y autores que nos acompañan.

En el prólogo, Patricia del Río realiza un pedido formal a todas las mujeres que se encuentran en medio de historias de violencia para animarlas a salir de ellas, les dice que no es su culpa, nunca lo será, pero que es momento de decir basta, que con la bestialidad no se transa, con la violencia no se dialoga, con la agresión no se convive. Su frase «Celebra. Libérate. Y vive. Sobre todo, vive», es un llamado a todas.

En la parte I, Erika Stockholm, Gustavo Rodríguez, Mercedes González y Alonso Cueto reflexionan, aconsejan, cuentan, recuerdan y comparten con las mujeres que escriben las cartas, con las que conviven con la violencia, con todos y todas quienes tenemos algo que hacer y decir al respecto.

Erika Stockholm nos recuerda cómo gestos o actos de pequeña violencia son una gran violencia. Nos insta a reconocerlos y a exorcizar el miedo que

nos producen. Nos pide evitar el olvido con el que queremos protegernos del dolor que nos ocasionan. Partiendo desde su propia historia y haciendo un rápido recuento de la experiencia de artistas famosas nos hace evidente que es difícil encontrar una mujer que no haya sido maltratada, que este es un problema y que por su gran dimensión e impacto en nuestras vidas se requiere reeducar a la sociedad. Todas tenemos el derecho de vivir felices en una sociedad igualitaria.

Gustavo Rodríguez discute la naturalización de la violencia hacia las mujeres debido a un inmutable rezago de la evolución, ya que esta no deberá ser jamás una justificación, pese a ser un mito presente en muchas de las cartas recibidas. Es el hombre descolocado ante el avance de la mujer, que no sabe cuál es su rol, el que no es más el único y gran proveedor, el que puede echar mano del insulto, el agravio y hasta los puños para defender con pataleta algo que se le escurre entre los dedos. El autor tiene la esperanza de que cuando las hijas de sus hijas vivan, ni campañas ni libros contra la violencia hacia las mujeres sean necesarios, pero entre tanto, hace falta apoyar todas las iniciativas para que el cambio se acelere. Un cambio que ya es irreversible, afortunadamente.

Mercedes González nos recuerda que no hacen falta las marcas en el rostro, que hay una violencia

invisible que te va desgarrando por dentro, que te va secando interiormente. Nos ayuda a derribar mitos, como que la violencia contra las mujeres es un asunto de pobres. Ella nos señala que estas víctimas sin marcas caminara cabizbajas por los centros comerciales, callas sus tristezas sentadas en una combi, pero también andan como sombras por clubes exclusivos; buscan formas de ahuyentar la tristeza y cuentan a medias sus desgracias en peluquerías de moda.

Alonso Cueto escribe a quienes se quedan calladas. No hablar, no decidir no es una opción. A la violencia habría que responder con firmeza, por el bien de ellas mismas. No hay nada peor para él que sentir que hace lo que quiere por las razones que se le ocurran. El daño es para ella, para él y para todo el mundo, para las personas que quiere, para todos los hombres y mujeres. El mundo es mejor cada vez que hacemos algo contra la injusticia y el abuso. Hoy es tiempo de dejar de amar las cadenas, de renunciar a lo hermoso que el mundo puede dar, a todo lo que se puede ser. Hay que vivir.

En la parte II, María José Osorio escribe la carta a un hombre abusivo, esta es clara, directa, honesta. Está dirigida a todos los hombres para despertar conciencia que tan cerca se está de ser uno de ellos, pues si no han goleado mejillas, lo han hecho en el orgullo. Es también una advertencia, el reinado de

la impunidad, el miedo y los mitos que prolongan la vigencia de un crimen tan grande como la violencia hacia las mujeres tiene los días contados. Su abuso puede cometerse en privado pero ahora se enjuicia en público. Ahora toca a ellos dormir tranquilos, apretando los dientes, preguntándose si el silencio es paz o suspense.

En el Post scriptum, Leonor Bravo, escritora ecuatoriana que en su trabajo con cientos de mujeres ha conocido historias de violencia y discriminación, nos regala un cuento que puede haber sido escrita a partir de los testimonios de muchas mujeres que aparecen en la campaña. La historia de Mónica, violentada por su familia, en el trabajo, en el espacio público y a pesar de ello, con ganas de avanzar, de estudiar, de seguir adelante. Depende de ti darle esa oportunidad.

Finalmente, se puede encontrar en la parte final del libro una selección de fotos de la campaña que son una pequeña muestra de los más de cien días de historias, testimonios, sentimientos y esperanzas compartidas en la lucha por un mundo libre de violencia contra las mujeres.

Christine Brendel  
Directora del Programa Regional ComVoMujer  
Deutsche Gesellschaft für Internationale  
Zusammenarbeit (GIZ)



# PRÓLOGO





# Pedido formal\*

Me han pedido que te escriba una carta, y acá me tienes, tratando de convencerte una vez más que no te lo mereces. Que a estas alturas ya no importa cómo te educaron, cuán machista fue tu padre o cómo te adoctrinó tu madre para aguantar. Ya no sé cómo explicarte que si estás viva a pesar de los golpes, de las humillaciones y de las miles de veces que odiaste tu condición de mujer, entonces, tienes ya no el derecho sino la obligación de ser feliz. De zafarte de esa relación que te degrada. De enseñarles a tus hijos que tú cuidas de ti misma, que ellos no vinieron al mundo para defenderte. Porque aunque no te des cuenta ya te estás acostumbrando a que sea tu hijito mayor el encargado de detener el puño que va a es-

---

\*Artículo publicado en el diario *El Comercio* de Lima. Jueves, 7 de febrero de 2013.

trellarse contra tu cara. Ya te parece natural sentarte en una esquina esperando que el llanto de tus niñas lo commueva, aclare su locura, lo haga reflexionar.

Le has permitido ser una bestia y has construido la cárcel de víctima de la que no puedes salir. Cada vez que aceptaste sus disculpas te condenaste a esa vida de mierda. Cada vez que creíste que lo cambiarías, elegiste ser maltratada. Cada vez que tus hijos se fueron a dormir rezando porque al día siguiente siguieras viva, les dejaste en claro que ellos no son resultado del amor sino del maltrato, de la humillación, ¿de la violación?

¿Es tu culpa? Nunca. Habría que ser imbécil para echarle la culpa a quien está sometida a la violencia y la locura del otro, pero a estas alturas sí es tu responsabilidad y tu deber salir de ahí. Romper el círculo. Salvarte. Has suplicado, has pedido disculpas, has intentado hacerlo todo como él te lo exigía y no has conseguido nada. Solo has logrado seguir a su lado, guardar las apariencias, y canjear tu vida y la cordura de tu familia por una falsa seguridad. Por un matrimonio que se cae a pedazos, que no luce bien ni en las fotografías.

Ya basta, por favor. Esta es la única vida que tienes y no puedes permitir que siga siendo un infierno. Tienes que pararte de esa esquina y dejar de llorar porque estás viva, y le debes tu grito de protesta a las

miles de mujeres que ya no están acá para contarla. Tienes que ponerte fuerte y mandarlo al demonio porque en tus manos está el que tus hijas aprendan a decir «no, basta, lárgate». Tienes que salir adelante porque de nada te servirá el dinero que él te da si para recibirllo tuviste que arrastrarte, aguantarte los cachos, maquillarte de morado los ojos.

En serio, ya basta, por favor. Con la bestialidad no se transa, con la violencia no se dialoga, con la agresión no se convive. Sécate esas lágrimas, suénate esos mocos y mándalo al carajo. Vamos, no llores que lo que dejas es peor. Celebra. Libérate. Y vive. Sobre todo, vive.

Patricia del Río  
Lingüista y periodista



# PARTE I

## ELLAS





**ELLAS  
DE 13 A 25 AÑOS**



# Gestos o actos de pequeña violencia son una gran violencia

Es difícil encontrar una mujer que no haya sido maltratada, al menos de algún modo, ya sea psicológico o físico. Cada una tiene una historia que contar. Sin embargo, por lo general, las maltratadas no reconocen el maltrato. Existe carencia de conciencia. Hay que aprender a reconocer la agresión. Unos ejemplos comunes que se podrían hasta interpretar como banales: ¿te ha pasado que caminas por la calle y recibes desagradables expresiones sexuales de desconocidos?, ¿te ha pasado que en el bus sientes que alguien, con disimulo, se frota en tu muslo? ¿O

recibir un beso de saludo, mojado y fuera de lugar?  
A mí me ha pasado.

Te sientes hecha una idiota cuando se crea la duda: «¿Cómo va a ser que este señor abogado “respetable” me haga esto? ¿Lo hizo adrede, o no? Oh, pero si es mi tío, y además es cura. ¿Cómo va a ser? A lo mejor me equivoqué. Soy yo que imagino cosas». Se han aprovechado de ti y tienes que hacer de cuenta que no. Hasta tú misma no te lo crees.

«Pero si dudas, por algo será». A mí también me ha pasado. Que no te engañen. Gestos o actos de pequeña violencia, son una gran violencia. Eso tiene nombre: violencia contra la mujer. También se puede llamar: violencia de género. También: violencia machista. Situaciones desagradables que queremos olvidar lo antes posible.

Se aprovechan de las mujeres a todas las edades. Pero las adolescentes y las niñas son las presas más fáciles por su falta de experiencia. Recuerdo cuando tenía diecisiete años y salí a la bodega para comprar y vi hombre lisiado. Ya lo había visto antes, era del barrio. De pronto, lo perdí de vista pero cuando pasé al lado de una casa abandonada, escuché una voz que salía de un arbusto. «Todas las noches me masturbo pensando en ti», dijo. Me metí un susto de muerte. Fui corriendo a la bodega. De ahí esperé un montón de tiempo para recobrar el coraje y retornar a

casa. Cuando vi que el camino estaba libre, salí. De la nada, apareció nuevamente el hombre, que me perseguía. Me angustié y tuve miedo de que me agarrara en la propia puerta de mi casa, me metí en un restaurante. Pasé una hora metida ahí.

Pasaron cinco años y con la edad me hice más fuerte. Dejé de ser la adolescente amedrentada. Un día que salí a caminar por mi barrio, tenía puestas unas botas con punta de metal, y el destino me puso de nuevo a unos diez metros de distancia de ese hombre. Saqué una fuerza que me vino del fondo de mi pecho y grité: «¡Mañoso! ¡¿Así que todas las noches te masturbas pensando en mí?! ¡Ahora te voy a romper la pierna buena! ¡Ya verás!». Y salí corriendo detrás de él. Nunca vi correr a un cojo tan rápido y tan lejos de mi vida. Y lo mejor es que aquél miedo que me produjo este hombre, cuando yo tenía 17 años, fue exorcizado para siempre. Hay que enfrentarnos a nuestros miedos para superarlos.

La verdad es que normalmente nos enmascaramos para protegernos y no tener feos recuerdos. Pues eso es justamente lo que no debemos hacer: olvidar. Nos cubrimos con una coraza anestésica para poder seguir viviendo y seguir caminando por la calle. El problema es que si lo aceptamos como algo normal ayudamos, así, a criar una sociedad perversa.

Los niños aprenden ese comportamiento diariamente en sus vidas.

Hemos crecido en un país donde la violencia casera es pan de cada día. Hace poco escuché un caso que me golpeó por la cercanía del relato. Una niña de 6 años fue violentada sexualmente por su medio hermano de 11. ¿Cómo es esta monstruosidad posible? Está claro que ese niño no lo hizo por inspiración divina. Es el reflejo de lo que oye y ve de los adultos alrededor. Esto lo aprendió a partir del pensamiento colectivo de la sociedad perversa.

Como ya dije, la mayor parte de las víctimas de la violencia contra la mujer no denuncia su situación. Es un problema mundial y se ve en todos los niveles socioeconómicos. Pero hay quienes sí lo denuncian. Lo podemos ver más adelante en este libro, con testimonios de mujeres valientes que cuentan sus casos. Quieren un cambio, una regeneración social.

También hay voces fuertes que se han manifestado al respecto. Por ejemplo, la cantante Sinead O'Connor. En el año 1992 fue invitada en el famoso programa de la televisión americana, «Saturday Night Live», donde cantó a capela la canción War haciendo una denuncia sobre la discriminación y la violencia sexual infantil y estremeció al mundo entero. La pederastia puede crecer también como la sombra de una rama de la violencia contra la mu-

jer. Si una mujer no puede defenderse de su agresor, cómo va a defender a sus hijos que son su extensión. Hombres malos maltratan a sus propios hijos para, consciente o inconscientemente, herir a sus madres.

Sinead O'Connor no fue la única cantante que se enfrentó al mundo de la violencia machista. Está también Tracy Chapman con su canción *Behind the Wall*, que quiere decir «Detrás del muro». ¿Qué pasa en la casa de tu vecino? Pueden estar pegándole a una niña o a una mujer, y tú ni te enteras. Y también está la cantante Tori Amos, que canta su traumática experiencia de un ataque sexual en su canción *Me and a Gun* que se traduce como «Yo y una pistola».

Un caso famoso y muy actual, que salió en el diario en enero de este año 2013, es el de la hermana de Nastassja Kinski, Pola, hija de Klaus Kinsky, famoso actor de cine. Ella acaba de publicar su biografía donde denuncia a su padre por haberla violado durante parte de su infancia y toda su adolescencia.

Mientras unas valientes mujeres ayudan contando sus experiencias traumáticas para incentivar a otras mujeres a verbalizar sus historias, también hay los que trabajan en contra. Por ejemplo, el caso del Padre Piero Corsi, en Italia, que justifica en parte a los abusadores. Colgó esta Navidad en el portón de la iglesia de San Terenzo una nota titulada «Mujeres y Violencia de género», en la que indicaba que

la violencia machista es, en parte, provocada por las propias mujeres que «cada vez más, provocan, se vuelven arrogantes y se creen autosuficientes y acaban por exasperar las tensiones».

Doy estos ejemplos para recalcar que esto no solo pasa en el Perú. Este es un problema mundial. Aunque eso no hace menor el drama, pues como dice el refrán: «Mal de muchos, consuelo de tontos».

Todas tenemos el legítimo derecho de vivir felices en una sociedad igualitaria. No es una tarea fácil. Se requiere empeño en favor de la educación en ciudadanía. Hasta que logremos reeducar nuestra sociedad y recuperar la imagen y el comportamiento del «hombre fiable», las mujeres violentadas deben hacerse respetar. Hay que animarlas a denunciar y dejar a sus maridos maltratadores. Hacer anuncios televisivos y grandes campañas y romper el cascarón del silencio familiar. Darles esperanzas a las víctimas, mostrándoles un camino, y comprobando que las adversidades no son infranqueables.

Erika Stockholm  
Diseñadora y escritora

## *Anónima*

*«Aún recuerdo en su rostro  
aquella mirada de horror que no  
he podido olvidar».*

Mi papá era una persona violenta y celosa. Un día, cuando yo era pequeña (tendría cerca de 5 años), mi papá llegó borracho. Claramente sentí el momento en que llegó, yo dormía con mi mamá (hasta ahora lo hago), cuando sentí que mi papá venía hacia nosotros.

Lo único que hice fue ponerme en el medio tratando de proteger a mi mamá, algo que fue en vano, pues mi papá al ver que mi mamá se negaba a irse con él a la sala, la agarró y la jaló de los cabellos. Aún recuerdo cómo sonó su cabeza.

También recuerdo un día en que tendría más o menos de 6 o 7 años, mi madre se puso un pantalón apretado y mi papá me dejó a mí y a mi hermana viendo una película en la sala y se fue al cuarto con mi mamá. Yo escuchaba los gritos y toqué la puerta; mi papá abrió y me cargó. Aún recuerdo la imagen de mi madre tirada en un rincón y en su rostro aquella mirada de horror que no he podido olvidar.

# Niña 1

*«Un profesor minimiza a las mujeres con comentarios como: “Las mujeres son solo depósito del semen”».*

Uno de los casos que conozco es el que veo en mi colegio. No se trata de violencia física. Se trata de un profesor que minimiza a las mujeres del salón, haciendo comentarios como: «Las mujeres son solo depósito del semen». Las personas del salón nos sentimos mal. Muchas veces también se enfrenta gratuitamente contra las ideas y pensamientos de las mujeres.

Este caso creo yo que es común, pero no por ello debe ser tolerado en un colegio, pues la enseñanza para todos debe ser igual.

También he vistos otros casos de mujeres que son maltratadas. Incluso llegan a abusar sexualmente de ellas y si la mujer no quiere mantener relaciones el marido llega hasta matarlas.

# Niña 2

*«A veces, he querido ser  
hombre...».*

Me han metido la mano en la calle. Me han punteado en un micro. Me han dicho «piropos» agresivos.

He tenido miedo de caminar por las noches. Tengo miedo de subir sola a un taxi.

A veces, he querido ser hombre «solo» por estas cosas.

# *Amancas*

«Nadie entiende realmente...».

Los insultos te duelen, por más que no sean físicos te duelen. Lo peor es que no puedes contar lo que te pasa así nomás a nadie. Si lo comentas solo escuchan para criticarte o para decirte algo tan simple como «sepárate». Nadie entiende realmente el problema.

# *Lucía*

*«Sentía cólera, tristeza, asco, me sentía sucia....».*

Recuerdo que tenía 11 años, era un día soleado... Estaba camino al instituto donde estudiaba inglés. Despues de clases iba a ir a casa de una prima, por su cumpleaños. Era la oportunidad ideal para usar por primera vez una falda que me había encantado y me habían regalado hacía poco.

Eran cuatro cuadras las que tenía que caminar, desde el paradero hasta el instituto. Esas cuatro cuadras fueron las más largas que he caminado en mi vida. Jóvenes, adultos, ancianos, se acercaban y me decían groserías al oído. Parecía que sus miradas podían desvestirme. Desde taxis sacaban la cabeza y silbaban, hacían sonidos de besos. Incluso un padre

con su hija de la mano me dijo la frase más grosera y vulgar que he escuchado en esta vida.

Llegué llorando a mi clase, me arrepentí de haberme puesto esa falda. No entendía por qué me habían agredido tantas personas de esa manera. Sentía cólera, tristeza, asco, me sentía sucia... Nunca más volví a usar esa falda.

Hoy, once años después, sé que yo no era culpable de toda esa violencia, que el único culpable es ese pensamiento machista que culpabiliza a las víctimas de la violencia.

Me da mucha pena ver a mi hermana, tratando de tapar su cuerpo con buzos y poleras anchas, creyendo que ella es la que «provoca» a los hombres a que la agredan.

Es por eso que me comprometo a trabajar por una sociedad que reconozca el acoso sexual callejero como un tipo de violencia, que estas prácticas paren y que podamos vivir en una sociedad libre de estereotipos y violencia.

ELLAS  
DE 26 A 35 AÑOS



# La evolución está en nuestras manos

Ignoro cuáles son las razones atávicas que han hecho que muchos hombres, históricamente, consideren a las mujeres como su propiedad. Quizá se trate de rezagos de un instinto primitivo por el cual el Neanderthal se aseguraba a golpes la diseminación de sus genes, casi de la misma forma en que protegía su pierna de mamut.

Si bien es cierto que entre aquellas épocas y las actuales más civilizadas ha transcurrido un pestaño desde el punto de vista evolutivo (quizá somos más instintivos de lo que queremos creer), esto no debería considerarse una justificación para que los machos humanos sigan subyugando a las hembras de la especie.

¿Podría quedarme yo impávido con esta razón, si descubro que mis tres hijas son maltratadas por sus novios? ¿Lo estaría usted?

Sin embargo, creo que a los rezagos de ese instinto, estos tiempos modernos le vienen sumando a nuestros hogares otra causa de violencia: el avance de la mujer hacia un mundo más equitativo en relación con los hombres.

Hace poco me invitaron a hablar en televisión sobre la diferencia entre las familias de hace un siglo y las actuales. La idea central que ramificó la mayoría de mis intervenciones era que cuando la mujer cambia, la familia también lo hace. Y, por ende, también la sociedad.

Basta con que la mujer pueda valerse por sí misma en materia de sustento para que esto descoloque a un hombre que, durante siglos, ha mamado de una tradición en la que el varón es el proveedor. Un hombre descolocado, entonces. Un hombre que no sabe ya, exactamente, cuál es su rol, podría echar mano del insulto, el agravio y hasta los puños para defender con pataleta algo que se le escurre entre los dedos.

Cuando las lideresas de comités populares alguna vez gritaron: «¡Mujer que trabaja no necesita marido!», estaban expresando mejor ese temor masculino a perder posición.

Como siempre me esfuerzo por ser un optimista cuando contemplo nuestro entorno, pienso que es natural esta pugna entre los hombres pegalones

## PARTE I

adscritos a una larga tradición y las mentalidades avanzadas que defienden a la mujer. Estamos en un proceso.

Tengo la esperanza de que cuando mis hijas tengan nietas, esas pequeñas vivan en una sociedad donde ya no tenga tanto sentido sacar campañas o libros como este.

Sin embargo, hasta que eso ocurra, habrá que apoyar con toda el alma estas iniciativas, porque son necesarias para que el cambio se acelere.

Un cambio que ya es irreversible, afortunadamente.

Gustavo Rodríguez  
Escritor y comunicador

# Azuka

«Yo me decía que «Por amor se puede aguantar todo»»

Yo sufrí el abuso de mi pareja y quiero compartir mi historia.

Todo empezó como en todas las historias de romance: con ilusión y amor. Sin embargo, poco a poco él iba cambiando sin que yo me diera cuenta.

Yo faltaba a clases para ir a su casa y me quedaba con él todo el día. Él me decía que el barrio era peligroso y cuando salía me dejaba con la puerta cerrada con un candado. Yo no era consciente de que me encerraba hasta que un día intenté salir y no pude.

Empezamos a discutir y a partir de ese día las cosas empeoraron. Sentí que caía a un profundo abismo y que me hundía cada vez más sin darme cuenta.

Llegamos a agredirnos físicamente y cuando ya había sufrido muchos meses de abuso, un día me descubrí escondida bajo la cama, muerta de pánico, con las piernas moradas por los golpes y escapé.

Yo me culpaba a mí misma, justificaba lo que él me hacía. Yo me decía que «Por amor se puede aguantar todo» y que «Lo peor es la soledad». Sin embargo, un día me armé de valor y lo dejé. Él lloró, mintió y juró que nunca más lo iba a hacer, pero yo fui fuerte.

Me tomó varios años darme cuenta de que yo era una víctima de abuso. Es difícil entender eso. Solo nos damos cuenta cuando las marcas en el espejo nos muestran la verdad.

## *La Bellaca*

*«Cosas feas, muy feas me decía  
cada vez que podía. Hasta el  
punto de bajar me totalmente  
la autoestima».*

Mi historia es la siguiente: me enamoré de un hombre separado que tenía dos hijos. Lo conocí y me enamoré. Desde el inicio me trató mal, me ofendía a cada momento diciéndome: «Estás vieja, pero te crees chibola», «No te pongas esa ropa». Me decía: «Eres fea, estás flaca». «Me tienes harto». «Jamás me casaré contigo».

Siempre me trataba mal, nunca tenía tiempo para mí y, constantemente, me ofendía. Yo era una tonta que lo aguantaba y lo quería.

Ni siquiera vivía conmigo, pero yo lo veía a diario, porque trabajaba con él. En el trabajo también me insultaba. Cuando alguien me llamaba, me decía que ya me estaban llamando mis maridos. Cosas feas, muy feas me decía cada vez que podía. Lo hizo hasta el punto de bajarle totalmente la autoestima y hoy a mis 33 años me siento una vieja decrepita y fea. Aún no puedo superar esa sensación que me dejó tanto maltrato y eso que yo era una chica muy alegre.

Ahora soy una mujer amargada, pues la verdad yo creo que el maltrato psicológico es peor que un golpe.

Ahora estoy sola, pero más tranquila.

# *Jocelyn*

*«Hasta que un día me pegó por llegar tarde del cine».*

Bueno, antes que nada, me gustaría que las personas que puedan ver y leer esta carta sepan que nunca es tarde para reflexionar y recapacitar ante la violencia que puede haber hacia la mujer por parte del esposo. Siempre hay un motivo para salir adelante y dejar el pasado atrás, pero aprendiendo a no seguir siendo maltratada.

A mí me pasó que mi enamorado que se volvería, más adelante, en mi esposo, comenzó con celarme, aislar me de mis amistades. Posteriormente pasó a amenazarme y jalar me el cabello e insultarme; yo estaba muy enamorada de él y bueno él después hacía cosas que me hacían olvidar lo sucedido.

Luego después de dos meses y medio de relación salí embarazada y decidimos casarnos. Ahí cambió todo y se volvió más agresivo. Ya no quería que vea a mis familiares y amigos, hasta que un día me pegó por llegar tarde del cine con mis hermanas y me amenazó con quitarme las llaves de la casa.

Cuando estaba con siete meses de embarazo, le dije para ir a la casa de mi hermana porque me había invitado, me dijo que no; yo me molesté y le pedí explicaciones. Él se enfureció y me golpeó, me tiró varias veces al piso, me arrastró varias veces por el piso tirando mis cabellos, me sacó sangre del pezón y me dejó con chichones y los brazos moreteados.

A pesar de todo, seguí con él, pero seguía con sus maltratos y, bueno, después de dos años y medio me decidí a separarme por voluntad propia y por el bienestar de mi bebé. Así lo hice, pero a pesar de ello él sigue insultándome y tratándome mal delante de mi hijo cuando lo va visitar.

Ahora tengo meses de separada y estoy haciendo todo lo posible por divorciarme, pero él no quiere. Yo tengo el apoyo de las autoridades, de mi hermana y de mi familia.

Espero que mi historia sirva de ejemplo para aquellos que creen que no pueden salir de esta situación. Sí, tienen que denunciar el maltrato, háganlo no solo por ustedes sino por el bien de sus hijos.

## *Anónima*

*«Son tantas cosas malas que me han pasado en la vida, pero voy a luchar y salir ganadora».*

Ahora soy administradora de empresas. Estudié en una universidad reconocida, soy profesional. Tengo 28 años y lucho por salir adelante.

Yo he sufrido de violencia familiar desde joven. Tengo los recuerdos de cuando era niña y mi padre golpeaba a mi madre. Cuando tenía más años, un tío mío de parte paterna abusó de mí sexualmente. Eso hizo que sea tímida, nunca lo denunciamos, tenía miedo y cuando mis padres lo supieron tampoco hicieron nada.

Cuando tenía 27 años, mi hermano mayor también fue violento conmigo y me golpeó en dos

oportunidades. Siento que he sido maltratada por mi familia.

Mi hermano se contagió de TBC-MDR\*, está en un hospital del Estado, mi madre y yo nos contagiamos, ya no puedo trabajar y estoy luchando por mi vida. Solo quiero sanar y vivir.

En los hospitales existe discriminación por enfermedad y no ven nuestros sentimientos.

Sé que soy fuerte y son tantas cosas malas que me han pasado en la vida, pero voy a luchar hasta terminar y salir ganadora. Quiero tener a mi hermano menor y a mi madre sanos para poder ser felices todos. Voy a seguir.

---

\*Tuberculosis Multidrogorresistente.

# *Roxfio*

*«El amor enfermizo no es amor,  
no es sano, destruye y es necesario  
cortarlo de raíz».*

Creo que mi historia empieza como la de todas, con mucho amor e ilusión... Yo conocí a mi enamorado en la piscina de un club y a los poco días empezamos a salir, desde el comienzo él siempre tuvo un carácter fuerte, pero a la vez me hacía sentir que no vivía sin mí.

Al comienzo todo era bonito, él siempre estaba conmigo, en la mañana, en las tardes y las noches... salvo cuando yo trabajaba, el resto del tiempo lo pasaba con él, y no me molestaba porque pensaba que era porque nos amábamos. Con el tiempo me fui dando cuenta de que no me dejaba hacer nada

sola y siempre que yo le decía: «pero, amor, yo voy, tú quédate», él se molestaba. Pasaron unos meses y empezamos a pelear porque le molestaba que me llamaran mis amigos, porque le molestaba que me escribieran o simplemente porque se sentía inseguro de que conociera gente.

Las peleas fueron haciéndose más frecuentes porque yo tenía algunos compromisos y él no quería que vaya a ninguno... y junto con las peleas y discusiones empezaron los insultos y maltratos.

Ahora cierro los ojos y trato de entender qué pasó con ese amor tan bonito, en qué momento se empezó a volver la pesadilla que hoy vivo... Hasta ese punto aún yo tenía esperanza y no veía nada malo.

A los dos meses de relación un exenamorado empezó a escribirme y él se puso sumamente celoso, yo no le respondía pero igual a él le molestaba y me gritaba. Un par de veces le escribí y le dejé mensajes diciéndole que me deje tranquila frente a mi enamorado para ver si él se sentía menos inseguro, pero no funcionó. Un día me enteré de que agarró mi celular cuando yo no estaba y llamó a mi exenamorado a amenazarlo; pero bueno yo pensé que no era tan malo, que era entendible, no sé realmente qué pensé, pero decidí seguir adelante.

El tiempo pasó y él no quería que estuviera más que con él, porque decía que me quería cuidar y proteger, y cuando yo pedía espacio me decía que seguro quería hacer algo malo o estar con otro. Yo me sentía estresada, irritable porque no salíamos, él no me dejaba hacer nada sola, empezó a hacerme sentir como una inútil, como una tonta... Poco a poco los insultos de «no piensas nada» o «eres una bruta» se convirtieron en «perra», «ofrecida»... y sus celos fueron aumentando.

Conversamos un par de veces al respecto. Porque no creo que exista mujer en el mundo que no se sienta herida al escuchar de la persona que ama que seguro se acuesta con otros.

Yo nunca hice nada malo, más bien me alejé de la mayoría de mis amigos, no salía; vi a mis amigas tres veces en cinco meses. A los únicos lugares que iba sola eran al trabajo (de donde él me dejaba y me recogía), a mis clases de danza (de donde muchas veces me recogía) y al sauna una vez al mes, y cada vez que iba él se molestaba, aunque nunca me quiso acompañar. Posteriormente ese fue uno de los principales motivos de pelea.

En paralelo a todo lo malo, nosotros también teníamos muchas cosas buenas. Cocinábamos juntos dos veces a la semana, él siempre almorzaba conmigo, cuando yo me sentía mal él me abrazaba y me

decía que me cuidaría... y cada vez que yo lo veía sonreír sentía que la relación tenía sentido, que todo iría bien porque nos queríamos.

Poco a poco fui observando que cada vez que yo intentaba superarme de algún modo, él se sentía incómodo. Por ejemplo, cuando empecé a estudiar mi maestría él dijo que me apoyaría, pero luego se molestaba porque no tenía tanto tiempo como antes para pasarlo con él; igual con el trabajo, él buscaba desanimarme.

Hay otras cosas que también pensaba: él siempre me pedía dinero prestado y casi nunca me lo pagaba, y creo que eso también fue un problema, al comienzo a mí no me preocupaba, yo se lo daba de corazón porque buscaba que él estuviera feliz, pero después empezó a molestarme... incluso llegué a pensar que era mi culpa porque él veía en mí a alguien que le prestaba el auto, al cual nunca puso gasolina, alguien que le prestaba dinero cada vez que él quería algo, alguien que nunca le decía que no... y empecé a sentirme mal, pero no sabía cómo decírselo.

La relación continuó entre problemas y cosas buenas, como todo en la vida, con altos y bajos, pero las peleas eran más frecuentes, creo que porque yo me sentía más presionada. Un día salimos en el auto y él se molestó con otro conductor y empezó a manejar mal. Yo le dije que dejara de hacer eso porque

me ponía nerviosa y porque era peligroso y empezó la peor de las peleas. Todo el camino discutimos hasta que llegamos a mi casa yo me puse a sacar algunas cosas y él a ver televisión, luego dijo hablemos.

Yo traté de escucharlo sin interrumpir y luego cuando terminó empecé a hablar y él comenzó a gritarme, por lo cual le dije: «Mejor voy a hablar con alguien que sí me escuche» y tomé mi celular, él se molestó mucho, me jaló del brazo y yo le decía «Suéltame, no me gusta que toques mis cosas», por el celular. Me lo quitó y empezó a gritarme que era una cualquiera que seguro me acosté con alguien viejo en el sauna.

Yo sigo tratando de entender por qué me dijo eso, si la pelea fue por su forma de conducir... En fin, él se dio la vuelta y me dio un golpe en el rostro, me rompió el labio inferior y me causó un corte en el labio superior. No tienen idea de lo doloroso que fue, llamé a la policía, pero nunca llegó. Y me sentí por primera vez vulnerable, sola, confundida porque el hombre que amaba me golpeó y más allá de eso, porque por primera vez entendí que él pasaba tiempo conmigo no porque me quisiera sino porque quería evitar que estuviera con otras personas, porque no confiaba en mí.

Saben yo no creo que él sea malo, nunca lo pensé..., pero sí creo que es muy celoso y ese día lo entendí, a su lado nunca me sentiría segura.

No puedo mentir, él se arrodilló, me pidió disculpas y bueno, yo le dije que se fuera. Al día siguiente me llamó, me escribió, etc. Pasaron un par de días y conversamos, él terminó convenciéndome de intentarlo nuevamente y yo lo único que le pedí como condición es que fuera a un médico, que yo lo acompañaría.

Volvimos y la única ayuda que buscó fue un parentre especialista en familia, porque él estaba convencido de que el problema era de «pareja» y no suyo. Esos días fueron muy difíciles yo no soportaba que me besara, me daba miedo, pero a la vez me sentía bien cuando me abrazaba y pensaba que todo podía ser como antes. Mi familia no quería verlo y para mí era insostenible la presión. Así que estuvimos viéndonos cada tres días y yo traté de dejarlo pero cada vez que lo intentaba él me decía que era mala, que jugaba con él, que no quería luchar, que seguro había otro y terminaba convenciéndome.

En una ocasión yo le pedí tiempo para pensar las cosas pero no me dejó, siempre estuvo aferrado a mí. Unos días antes de Navidad, yo me sentía muy mal de pasar las fiestas así que quedamos de vernos al final. Él no pudo y yo le dije que no podía más,

que dejáramos todo ahí porque no funcionaba... y es verdad, qué relación puede funcionar así. Cuando todos están en contra, cuando se pierde el respeto, cuando se crea una codependencia que va destruyendo a ambos.

Él me escribió, me llamó, puso fotos de nosotros dos juntos... pero yo no le respondí. A los dos días me mandó el *e-mail* más doloroso que he leído en mi vida. Me dijo que se avergonzaba de haber creído en mí, que era «un culo alegre», que solo jugué con él y que soy la más perra de las perras, el *e-mail* es bastante largo y tiene muchas groserías que no vale la pena repetir. Vuelvo a escribir como en líneas anteriores: ¿qué mujer puede sentirse bien de escuchar que el hombre que ama la trata así, creo que ninguna...?

Yo a raíz de eso, busqué ayuda y fui a la comisaría. Hice la denuncia y lo notificaron.

Me siento terriblemente mal y no es nada fácil, por un lado siento, como creo que muchas de ustedes pueden sentir, que lo amo y que no quiero hacerle daño, pero por otro lado ya no soporto más la presión y el maltrato de escuchar que soy una bruta, una perra, una cualquiera... Les juro que yo quise creer que todo estaría bien, que las personas merecen una segunda oportunidad, que pesaban más las cosas buenas, que él podría cambiar.

Aún no sé si él puede cambiar, pero entendí que si sigo esperando voy a enfermarme. No duermo bien de noche, estoy tensa, llorosa, angustiada, pensando en qué momento se va a descontrolar otra vez y me va a pegar de nuevo; y si sigo así solo voy a dañarme a mí misma.

El camino es muy difícil, siento que hay muchas cosas rotas dentro de mí misma y lo extraño y me duele hacerle daño, pero tampoco puedo seguir haciéndome daño a mí misma. El amor enfermizo no es amor, no es sano, destruye y es necesario cortarlo de raíz.

Yo no puedo decir que no duela, duele muchísimo, es como que tu alma se desgarrará, pero también estoy convencida de que va a doler más si un día por seguir a su lado él me mata y después termina matándose o preso, porque ahora aún hay remedio pero más adelante, quizá ya no haya una solución.

Esta es mi historia en la cual no hay final feliz, pero sí hay muchos deseos de salir adelante, de no odiar y de restituir mi dignidad de mujer, la cual perdí al dejarme maltratar pensando que eso era amor.

Hoy entiendo que para amar a otro es imprescindible amarse primero y respetarse, porque si no somos nosotras quienes lo hacemos y damos el ejemplo, nadie más lo hará.



**ELLAS  
DE 36 A 45 AÑOS**



# Sin marcas en el rostro

Cuando se habla de violencia, una se imagina golpes, ojos morados, labios reventados, sin embargo, hay una violencia invisible que te va desgarrando por dentro, que te va secando interiormente. No es producto de puños o de patadas, esa violencia entra por tus oídos y llega al corazón y lo desgarra.

Esta carta podría ser testimonio de esa violencia:

*Muchas noches me pregunto cómo hemos podido llegar a este punto, cuándo tu amor eterno e incondicional se convirtió en indiferencia, desprecio, odio. No sé si pasó en ese orden o fue (está siendo) todo a la vez. Solo sé que ahora intentas minar mi autoestima, destruirme como persona, ningunearme en lo profesional.*

*La peor madre y la peor esposa: esa soy yo para ti; y no pierdes ocasión para hacérme saber, con discusiones sin fin, con miradas incendiarias capaces de fulminar como un rayo, con e-mails cargados de reproches, con llamadas*

*intempestivas que terminan en otra interminable serie de reproches cuando no puedo contestar el teléfono porque estoy trabajando o manejando.*

*Todo es crítica, todo es vigilancia y seguimiento porque, claro, yo, la peor de todas. Cuando digo que estoy trabajando, no lo estoy haciendo: me estoy acostando con algún amante. Los viajes, por supuesto, no son de trabajo, son escapadas para vivir alguna aventura.*

*Y así van pasando los días, las semanas, los meses, los años... Pero ¿sabes qué te digo? No vas a poder conmigo, no me vas a destruir. Soy mucho más fuerte y lo he demostrado en estos diez años que llevamos juntos. No soy la misma muchachita que llegó tan ilusionada como asustada a esta «otra orilla» donde con tantas ansias deseaba vivir. Tuve que demostrar todo, empezar de cero en mi carrera profesional, vivir con poco dinero pero con mucha ilusión. Y todo fue felicidad al principio, pero cuando nació nuestra hija, te fuiste desentendiendo, cuando más subía en lo profesional, más me despreciabas.*

*Cuando tuve problemas, fracasos, tuve que levantarme sola. En cambio, yo te apoyé en todo desde que te conocí; con un amor auténtico y desinteresado compartí mi dinero. Te ayudé en el trabajo y en los estudios que no habías terminado. Cuando enfermaste gravemente, estuve siempre a tu lado.*

*Al final, con ayuda, descubrí lo que pasaba: no soportabas que yo hubiera tenido una infancia más feliz, no asumías*

*mi superación profesional, me odiabas por haberme adaptado tan bien a tu país. Y, lo que es peor, tu familia es para ti tu pantalla: si fuera todo está bien, da igual que dentro esté mal.*

*Pues te equivocas, así no son las cosas. Crees que me harás sumamente infeliz, pero tus palabras no me penetran, tu desprecio no me toca, yo seguiré creciendo como mujer y como profesional, mientras, tú te irás haciendo más chiquito cada vez, más amargado y cada vez estarás más solo. Y lo estarás aún más, cuando nuestra hija diga, por fin: «Mamá, sepárate. Estaremos mejor nosotras solas». No queda mucho, ya lo verás...*

Las víctimas sin marcas en los rostros caminan cabizbajas por un centro comercial; hacen la compra semanal con sus hijos en un mercado de un arenal, callan su tristeza sentadas en una combi. Pero también andan como sombras por clubes exclusivos; sonríen por sus oficinas de altos cargos ejecutivos, se tratan sus delgados cuerpos en *spas* para ahuyentar la tristeza y cuentan a medias sus desgracias en peluquerías de moda.

Así como la enfermedad o la muerte este tipo de violencia no discrimina: cualquier mujer puede sufrirla, en silencio, sin marcas... visibles.

Mercedes González  
Editora

# *Maria*

*«Estuve durante dos años  
soportando todos los golpes».*

Recuerdo cuando me trajeron del campo para trabajar, me trataban tan bien, pero cuando llegué a su casa yo no me acostumbraba.

Entonces les dije que a mí me podrían llevar donde mis tíos, pero la persona que me trajo no quiso llevarme. Me dijo: «Yo te traje con mi dinero y te tienes que quedar aquí» y yo tuve que soportar todos los maltratos, acusaciones, golpes, amenazas de los hermanos de la señora que me trajo del campo.

Estuve durante dos años soportando todos los golpes. Quise escaparme pero no podía. Me encerraron con llave. Y lo más triste fue cuando les conté que su hermano me molestaba, no me creyeron ja-

## PARTE I

más. Más le creyeron a su hermano que a mí y encima me golpearon.

Nunca pude escaparme porque tenía miedo como si él fuera un demonio. Aparte dormía en un cuarto sucio, lleno de cosas viejas, el techo con plásticos y tablas que cuando llovía no cubría y me mojaba todo. Yo dormía toda mojada y estuve a punto de suicidarme, pero me salvaron.

# *Rayito de Luna*

*«Tal vez algún día descanse  
creyendo que todo volverá a ser  
nuevamente feliz».*

Qué puedo contar. Crecí sin amor y si lo tuve debe haber estado, pero no lo sentí. De niña me tocaron, mi padre, mis «amigos», tenía entre 8 y 9 años. Callé porque era lo mejor, evitar el escándalo y el estigma. Aunque claro, los de mi barrio lo sabían, se pasaban la voz y lo querían hacer de nuevo. Nunca más pasó porque me corría.

La fealdad fue mi mejor consigna para evitar esto, si yo era fea nadie más me haría daño, y así fue.

Ya en mi adolescencia traté de fregarme la vida a pesar de que me veía «bonita» o pasable. Eso no era saludable para mí, tenía que encorvarme, comer

sopa y segundo: engordar. Ese fue mi mejor aliado durante muchos años y lógico vestirme lo menos agradable posible, etc.

Fui prostituta, el prostíbulo era el único lugar donde fui bella. Allí me arreglaba, puteaba y, en verdad, me sentía bella, pero allí, en un local legalizado. Nadie, al menos ya dentro del cuarto, que sabía lo que iba a hacer, me podía hacer daño; en todo caso, me hacían daño con mi consentimiento.

De adulta tuve a mi hija, me junte con un pata; tuve dos hijas más, y él toco a mi hija dos veces, le besó o intentó besarle el pubis. Lo mismo se repetía, me separé, volví, viví un infierno por plata. Quién me iba a mantener, ya no era joven, los dos niños me dejaron gorda, lo hice quedar.

Este dos de diciembre, se cumplen cuatro años desde que la tocó. Quise matarlo, quiero matarme, mi vida ya no es la misma. Sufro vivo con ese enemigo, qué será de mí, no lo sé. Tal vez algún día descansé creyendo que todo volverá a ser nuevamente feliz. Para mí y mis tres hijos.

# *Juana*

«*Mujer, ¿no te das cuenta  
de que tengo sueño? Quiero  
descansar, no me molestes,  
¡cállate!».  
*Y siempre callé».**

Me parece muy bien que en nuestro país se dé un movimiento como este. Yo siempre quise contar mi historia. Bueno, lo hice pero luego rompía o botaba lo que escribía, ahora creo que ya no tendrá que pasar eso.

Comienzo a escribir con los recuerdos de aquellas cartas que en su momento pude escribir.

Tengo en mi casa un esposo que es agresivo quiere tener la razón en todo, siempre quiere tener la última palabra y quiere que todo lo que él dice se

haga, si nō, empieza con el maltrato psicológico, por ejemplo: «¿Por qué no hiciste lo que te dije, mujer?, ¿no piensas, no entiendes?, ¿qué tienes en la cabeza?, *toc-toc*, calabacita. Tú no piensas, dentro de tu cerebro hay un hámster» y me tira puñetes en la cabeza. Bueno el primer caso.

Segundo caso. Él es menor que yo por trece años. Cuando viene de trabajar, siempre encuentra un motivo para empezar a pelear. Me dice: «Estás vieja, fea, mírate al espejo. Da las gracias que yo me fijé en ti; mírame a mí soy joven, tengo futuro, tú ya eres una anciana y te queda solo cinco años más, ¡ya fuiste!».

Bueno, y yo me creo todo lo que dice y me pongo a llorar.

En mi casa no tengo espejo, pero siempre que amistamos le digo: «Cómprame uno. Creo que soy linda».

Y él me dice «¡Ay, mujer! No seas cojuda. Claro que eres linda, solo que yo soy un bocón y tú te crees todo lo que te digo. Pareces una niña que nunca creciste».

Bueno, yo tengo con mi pareja un niño de 3 años. Solo vivo con él y mi bebé, y hay momentos en los que me molesto mucho y le digo «Parece que no

tuviera esposo» porque él sale a trabajar a las 5 a.m. y viene a las 12 de la noche.

Tercer caso. Cuando le digo lo que siento se molesta y dice: «Mujer, ¿no te das cuenta de que tengo sueño? Quiero descansar, no me molestes, ¡cállate!». Y siempre callé y me dormía. Pero luego, cuando tuve valor lo enfrenté y le pregunté por qué no me quería escuchar. Me dijo: «Me aburres, siempre te quejas por plata, que falta esto y el otro. ¿No tienes otra cosa qué decir? Yo quiero soluciones».

Y comenzamos a discutir hasta que en un momento me agredió. Me tiró lo que tenía en las manos para que me callara y no siguiera hablando y me dijo que aprendiera a callar cuando él me lo decía.

Discutimos y eso me hacía sentir mal al extremo de que hasta llegué a sentirme un puntito.

# *Carmen*

*«Estoy cansada de tanta  
injusticia y he preferido no  
reclamar y perder el tiempo con  
todo eso».*

Quiero compartir la experiencia de haber pasado por un divorcio por causales de violencia física y psicológica muy extrema. A pesar de tener pruebas me demoraron cuatro años, pero ahora estoy legalmente libre, luego de pasar por tantas depresiones por esta causa.

A Dios gracias, el día de hoy soy una mujer divorciada, pero ahora lo que me aqueja es que el juzgado de El Agustino aún no hace ejecutar la pensión de alimentos. La verdad ya estoy cansada de tanta injusticia y he preferido no reclamar y perder el

tiempo con todo eso. Sin embargo, me gustaría que las autoridades tomen carta en la solución de este tipo de problemas, ya que hay muchas mujeres que pasan por lo mismo, pero son los hijos de estas parejas divorciadas los que sufren más, porque pasan necesidades.

Yo me siento apta para apoyar y levantar mi voz contra todo tipo de violencia a la mujer, pues la he vivido en carne propia y no me gustaría ver a más mujeres sufriendo a causa de tanto machismo e ignorancia de miles de hombres abusivos.

**ELLAS  
DE 46 A 55 AÑOS**



# A quienes se quedan calladas

Quedarse callada. Mirar a un hombre golpearte, sentir el dolor físico y el psicológico en todo el cuerpo, preguntarte qué se puede hacer frente a él, tratar de comprenderlo, decirte que él también ha sufrido mucho en su vida y que tu rol es tratar de ayudarlo, y pensar que esa ayuda significa ser paciente o comprensiva o estoica, y que por eso lo mejor es quedarse callada.

Sentir el golpe físico o verbal (hay palabras que dejan heridas más largas que cualquier herida física) y dudar, no saber a qué atinar, y entonces optar por no decidir, por no hablar, por el silencio: todo eso puede parecer a algunas que ayuda a la situación. A

veces parece lo más fácil de hacer, incluso una puede pensar que está dándole un ejemplo al que te ha atacado y que de algún modo el silencio te ennoblecen, te dignifica, te hace superior.

Muchos dicen con razón que la violencia no debe responderse con violencia. Pero no se trata de eso. Se trata de responder a la violencia con firmeza: no perder los papeles ni el control, pero tampoco la dignidad ni la entereza ni la seguridad. Hacerlo por el bien de una misma y por el bien de él. No hay nada peor para él que pueda sentir que hace lo que quiera, por las razones que se le ocurran. No responderle es un daño para una misma y también para él. Es un daño para el mundo. Para las personas que quieras, para todos los hombres y mujeres. A lo mejor algunos no lo saben, pero el mundo es un poco mejor si una puede hacer algo por la justicia y contra el abuso, si una dice algo para defenderse, para tratar de hacer ver lo que ocurre. Lo que hagas o no, va a tener una repercusión en mucha gente. No se trata de que una haga con su vida lo que quiere. Hay gente que te ve, que sabe de ti, personas a las que quieras y puedes proteger con tu ejemplo. Hijos, hermanos y amigos. Gente que uno no conoce va a saber de lo que hiciste.

No hay nada peor que estar enamorada de tus cadenas. Las cadenas te pueden dar seguridad, pero

no hay nada peor que renunciar a la belleza, a la inteligencia, al desarrollo personal, es decir, de que renunciar a lo más hermoso y significante que puede darte el mundo, a todo lo que puedas ser, con tal de mantener tus cadenas. Es mejor siempre estar sola que atada a un hombre violento, aunque una pueda creer que lo ama y lo comprende. En realidad, no lo amas ni lo comprendes. Estás atada a él, y esa prisión puede darte seguridad, por miedo a escapar de ella.

La moral no es un asunto externo. Es indispensable para vivir. Pero no vivir cualquier vida, sino la vida que quieras vivir, que tienes derecho a vivir, si logras alzar la voz, si te atreves. Hoy, a diferencia de otros tiempos, hay muchas personas e instituciones que te respaldan. Nunca olvides la frase del gran Anton Chéjov: «Hay que vivir».

Alonso Cueto  
Escritor

# *Mariana*

*«Mis hijos hombres crecían con la violencia en el corazón».*

Yo sufrí violencia con mi esposo. Con él tuve seis hijos, cuatro hombres y dos mujeres, no podía soportar y separé a los once años de matrimonio.

Me dediqué a educar a los seis trabajando, porque mi esposo no quiso apoyarme. Esto, le cuento, fue desde el 1973.

Mis hijos hombres crecían con la violencia en el corazón. Tres de ellos me han faltado de palabra y uno de ellos me fracturó el pie. Acudí al ministerio de la mujer para que me ayudaran y él se fue de la casa. Los otros dos me dicen que son los dueños de la casita que me dio la policía al verme desamparada con los seis niños.

Mi esposo viene a su casa a cada momento, porque dice que es bueno. Gracias a Dios y al MIMDES\* le saco una pensión de S/. 200 nuevos soles, solo eso ya que dice que él ahora es retirado de la PNP.

No sé qué hacer con uno de mis hijos. Tiene tres hijos, dos niñas y un hijo hombre y lleva chicas a mi hogar para tener relaciones con ellas.

Le digo a mi hijo que es mi casa, no su casa de citas, pero así me voy aislando en la casa.

---

\* El MIMDES (Ministerio de la Mujer y desarrollo Social) pasó a llamarse Ministerio de la Mujer y Poblaciones Vulnerables (MIMP). El sector de Desarrollo Social fue acogido por el Ministerio de Desarrollo e Inclusión Social, MIDIS, que preside la investigadora Carolina Trivelli.

La actual ministra de la Mujer es Ana Jara.

## *Anónimo*

*«Cuando él llega a su casa, le dice que es una mujer fea, burra que no sabe nada».*

Linda es una señora que tiene tres hijos, vive en las faldas de un cerro y su casa es de esteras.

Convive hace quince años con un policía que la maltrata psicológicamente.

Sus niños son violentados por su padre, física y psicológicamente. Ellos son tímidos y le tienen mucho miedo.

Ella solo estudió la primaria, hasta el 2º grado, sus padres, como ella, también son de la sierra y son analfabetos. No los pueden apoyar.

Ella se dedica a cuidar a los hijos, cuando él llega a su casa, le dice que es una mujer fea, burra que

no sabe nada y que debe ser agradecida porque él la mantiene y le da de comer.

Linda no soporta, vive esta situación desde hace quince años y ya no la soporta. Sus vecinos hicieron la denuncia respectiva en el puesto policial y ahí les dijeron que se trata solo un problema de pareja y que dejen que ellos lo solucionen.

Linda ahora tiene 32 años y, a veces, recuerda toda su adolescencia. Recuerda que también fue maltratada por sus padres, inclusive le es doloroso recordar el episodio en el que fue violada por un vecino a los 16 años.

Ella dice que así será su vida, que seguirá con su esposo porque ella no sabe trabajar y que esto lo hace por sus hijos.

# *Gracia*

*«Me pegaba frente a mi hija. Yo quería que discutíramos en otro lado, pero él nos llevaba a las dos y me golpeaba».*

Antes de que nos casáramos, mi esposo era una estrella conmigo. Era el hombre más enamorado de este mundo, hasta que me casé. Desde entonces, todo cambió. Empezaron los golpes.

Inventaba razones para pelear. Me decía, casi me escupía en la cara, que yo era una basura, que mi cuerpo era un asco, que ni para sirvienta servía y que él había sido el único cojudo que podía haberse casado conmigo.

Sin saber quedé embarazada. Yo creí que tenía que seguir con él, pues me merecía todo lo que me

pasaba. Él seguía burlándose de mi cuerpo y lograba bajar mi autoestima.

Luego nació mi hija y él se fue. No apareció hasta que ella cumplió once meses. Tenía muchas mujeres, pero recuerdo a una en especial: a esa que fue su exenamorada.

Ahí empezaron las tandas, me insultaba y hasta me apuntaba con un arma. Un día sacó mi cabeza por la ventana e insultándome decía que me fuera de la casa que era de ambos. Me pegaba frente a mi hija. Yo quería que discutiéramos en otro lado, pero él nos llevaba a las dos y me golpeaba. Me jalaba de los aretes, me agarraba a patadas, a veces creo que era también porque se metía cocaína. Le conté todo a sus padres, pero ellos no me ayudaron.

Un día me pegó muy duro y me botó con mi hija y me dijo que si quería plata tenía que trabajar. Entonces conseguí trabajo y él me seguía a todas partes. Hacía escándalo, me chantajeaba y yo tenía que esconderme en mis trabajos. Hasta que me cansé y fui a la comisaría a denunciarlo y me trajeron como a una esposa celosa.

Hasta hoy mi mente está perturbada. Aunque trabajo, sufro de una fuerte depresión. Mi hija también está perturbada: ella estudia medicina, pero me tiene mucha ira y dice que me odia

# *Mercy*

*«No tengo la suerte de conocer a una pareja buena».*

Si te contara toda mi historia, tendría que dormir acá. Para empezar soy madre soltera, tengo cinco hijos y uno desaparecido.

Muchas veces sufrí violencia: la primera vez fui violada pero nunca lo conté, tenía miedo y vergüenza. Fruto de eso tuve un hijo, no sé qué será de él. Tiene 28 años.

Después tuve un compromiso, pero no podía con él. Me trataba mal, me pegaba, me insultaba. Tuve una hija con él.

Me fui a la selva con mis hijos: el que fue producto de una violación y la que fue producto del mal-

trato. Fui empleada, pero me engañaron, me estafaron y me prostituyeron. Todo lo sufrí por mis hijos.

Ahí conocí al padre de mis últimos tres hijos. Me llevó a su chacra donde me maltrataba. Me escapé con cinco hijos, sola, no tuve nunca un hogar estable. Fue entonces que mi hijo mayor desapareció. Hasta ahora no puedo encontrarlo. He buscado por todos los medios.

En ese tiempo que me fui a la selva, conocí a mucha gente que tenía mucho poder. Ellos te mataban por solo abrir la boca. Cuando tienes hijos te da más miedo. El terrorismo también te exigía hacer solo lo que quería, si no te mataban.

Me han maltratado, me humillan por no saber escribir ni leer. En tiempos de Fujimori me ligaron las trompas, me obligaron. Estuve enferma por eso: una mala operación. Seguí trabajando para sacar adelante a mis hijos.

A mí me gustan muchas cosas: las manualidades y todo pero no tengo adónde acudir.

Los hombres son muy perversos, solo quieren a las mujeres por sexo. No nos quieren, les tengo miedo por lo de la violación. No tengo la suerte de conocer a una pareja buena.



# PARTE II

## ELLOS





# Carta a un hombre abusivo

Eres un hombre abusivo. Tal vez no lo sabes, tal vez lo intuyes pero lo niegas. Tal vez eres muy bueno excusándote, subjetivizando, trivializando tus ataques. Todo el tiempo te sientes obligado. Tú no quieres ser violento, despectivo, vulgar, pero te fuerzan esas piernas largas descubiertas, esa incapacidad de ella para cumplir con lo que se le dice que haga, esa ridícula actitud de creer que puede hablarte de igual a igual. Esas son claras provocaciones. Por eso disfrutas su sumisión y voz baja. Cómo te excita el miedo en sus ojos, verla reducida, temblorosa, abatida, te calienta la sangre.

Tal vez no has golpeado todavía su mejilla, solo su orgullo. No eres un depredador obvio, tus daños son siempre colaterales. Tu trabajo es lento y minu-

cioso. No saltas encima de la presa a engullirla, solo la hieres y disfrutas verla desangrarse, perdiendo la vida de a pocos. Te encargas de menospreciar su talento, sus cualidades. La privas de toda profundidad y la vuelves un objeto, una muñeca de carne y hueso que manipular, un lugar donde vaciar tus frustraciones e inseguridades. Su crecimiento te recuerda tu pequeñez, su brillo es un reflector sobre tus imperfecciones. Sabes que no eres mejor y eso te vuelve loco. Sabes que tu fuerza se alimenta de su debilidad, que mantenerla con la cabeza gacha, mirando el suelo, es la única manera de que no vea lo alto que puede llegar. Tu imperio, tu poder sobre ella está basado en el supuesto de que no será capaz de querer más, de pedir más. Su silencio es tu victoria.

Eres un hombre abusivo desde el primer adjetivo denigrante que usas para calificarla hasta el día en que tu mano atraviesa implacable su rostro. Lo eres mientras tratas de explicarle que fue un arranque, un impulso, un desliz. Lo eres mientras la llenas de cariño y disculpas, de promesas vanas y compromisos de cambio. Lo eres porque no te arrepientes, porque sientes en el fondo que se lo merecía, que se lo buscó.

Eres un hombre abusivo porque no sabes querer, porque para ti el amor es propiedad, es dominio y no libertad. Tal vez esto lo viste en casa, de pequeño, en un padre que disfrazaba al terror de respeto,

que bombeaba su autoestima con alcohol, que estableció desde muy temprano cuál era el «sitio» de la mujer. Tal vez te lo enseñaron aquellas mangas largas que siempre usaba tu madre ocultando las huellas del forcejeo, la palidez de su rostro cuando escuchaba a tu padre abrir la puerta. Quizá lo aprendiste del repertorio de excusas que tenía para justificarlo o al escuchar siempre palabras para defenderlo a él, pero nunca para defenderse a ella misma. A lo mejor, lo decisivo fue ver siempre que el miedo que tu padre le infundía no era mayor, al miedo paralizante de llegar a perderlo. Tal vez por ello no sepas, no entiendas cómo amar a una mujer, o peor aún, no sientas que es necesario hacerlo. Puede que para ti el amor solo sea sinónimo de debilidad.

Y debo decirte, hombre abusivo, que es cada vez más complicado ser como tú. Vives ahora en mundo que ha ido despertando, donde el «sexo débil» es un mito que ya pocos creen, ya casi no existe, porque más importante que la fuerza física es la fuerza de voluntad. Este mundo se ha ido llenando de mujeres guerreras, potenciadas, decididas, autosuficientes; que rechazarán tus agravios con dureza y te devolverán el favor; que no andan esperando tu confirmación y visto bueno para decretar lo que quieren, lo que son. Mujeres que no te convienen, porque no se quedarán calladas, porque podrás herirlas pero no

victimizarlas, porque sabrán ver a través de tu pe-dantería machita, como si fueses un cristal, descu-briendo así tus flancos e inseguridades.

Has perdido, además, tu statu quo, tu patriarca-do, tu inmunidad social. Estás en la lista de los más buscados. Tu abuso podrá cometerse en privado, pero ahora se enjuicia en público. Te toca entonces a ti dormir intranquilo, apretando los dientes, pre-guntándote si el silencio es paz o suspenso. Así es, hombre abusivo, quiero pensar que tus días en esta sociedad, están contados.

María José Osorio  
Bloguera y escritora

# Alejandro

*«Lo que más espanta es la actitud permisiva de los demás».*

Mientras vas creciendo, te enseñan a construir tu masculinidad en torno a la violencia. Primero con tus pares y luego con todos los demás y esto no es solo violencia física sino psicológica y simbólica. El mundo de la masculinidad se divide entre fuertes y débiles y las mujeres son parte de los débiles. He visto mucho maltrato hacia las mujeres, no solo en los medios de comunicación o en la música (como el reggaetón) sino en personas muy cercanas. Lo que más espanta es la actitud permisiva de los demás, y el clásico «son problemas de pareja y no te debes meter».

Creo que el gran reto es volver el problema algo de interés público. Que ser víctima de maltrato no sea un calvario que debes llevar por dentro, sino que todo tu entorno y las instituciones públicas se interesen y hagan algo.

He tenido la suerte de no haber maltratado a ninguna de mis parejas y nunca lo haría con mi esposa. Quisiera que esa suerte la tengan mis hijos y las futuras generaciones. Quisiera que en el futuro ser mujer o tener una hija no sea una mala suerte.

PS: No me parece bueno que las campañas contra la agresión a las mujeres resalten la belleza de la mujer en ninguna de sus formas, porque es otra forma de decir que las cualidades de las mujeres se reducen siempre a la belleza física.

# *Víctor*

*«Mi madre lloraba con la nariz rota. Mi padre la golpeó como si fuera un animal».*

Recuerdo cuando tenía 8 años, mi papá golpeaba a mi mamá, a esa edad traté de protegerla. Pero no pude, mi padre era más grande y más fuerte.

Mi papá solía golpearla. Un día llegó mi tío a casa y se peleó con él para protegerla.

Mi papá ya no está con nosotros, él falleció cuando yo tenía 9 años, pero hasta el día de hoy no he podido olvidar aquellos terribles momentos que eran casi una pesadilla.

Recuerdo entre todos ese día en que mi madre lloraba con la nariz rota. Mi padre la golpeó como si fuera un animal y la dejó convulsionando en el piso

mientras la sangre corría como un río. Y yo, pequeño, incapaz de poder hacer nada.

Llegó la policía y no pasó nada. Todo siguió igual: limpiaron el piso y la sangre desapareció, pero el llanto y las lágrimas de mi madre continuaron. Yo gritaba, ella lloraba.

Ahora tengo 30 años, mi madre vive en casa conmigo y mis hermanos. Gracias a Dios, ninguno de ellos tiene el carácter de mi padre y yo soy enemigo de la violencia en general.

POST  
SCRÍPTUM



# Una muchacha de risa dorada

*Mi trabajo me ha permitido conocer a cientos de mujeres en talleres de capacitación, en encuentros, en grupos de estudio. Y de esas mujeres escuché innumerables historias de violencia y discriminación. A partir de esos testimonios, escribí varios cuentos que conforman el libro aún inédito: Mujeres del calor y de la niebla. Comparto uno de ellos con ustedes.*

Allá en mi tierra, todos los papás se cogen a la primera hija para ellos. A mí, apenas cumplí 15 años, mi papá me llevó a la finca. Mi mamá no dijo nada, se puso brava conmigo, me dejó de hablar, lloró un poco, pero nada más. Yo no tenía quien me defendiera, porque ¿qué podía hacer ella?, así se acostumbra allá. Un mes enterito me dejó mi papá encerrada, sola, para domarme, dijo. Al mes regresó, después de eso, me fugué. Él no se dio cuenta porque se puso a tomar y se emborrachó, entonces yo le busqué en los bolsillos el dinero. Calladito se lo cogí y me fui al monte, una semana anduve por la montaña para que no me encontrara, después me vine a la ciudad.

El primer lugar donde trabajé fue en una botica. Me gustaba bastante, atendía a la gente, aprendía cosas, pero a las dos semanas el dueño se metió en mi cuarto, yo grité, la mujer llegó corriendo y se enojó conmigo, como si hubiera sido mi culpa. «¡Vos le has de haber provocado!», gritaba. Me botaron sin pagarme nada.

En varios trabajos me pasó lo mismo, si no eran los papás eran los hijos. Es que los hombres son así, hambrientos de mujeres ajenas. Tal vez tenía razón una de las patronas que me dijo: «Tu problema es que eres demasiado bonita, las chicas pobres no deben ser tan guapas porque les va mal, porque acaban en malos pasos».

Pero eso sí, yo no me regreso al campo ¿a hacer qué? Allá la vida es muy dura: trabajar como animal desde la madrugada hasta la noche. Allá seguro que mi papá me encuentra y me vuelve a llevar a la finca para que sea su mujer. Lo malo es que en todos los trabajos los patrones han querido abusar de mí, pero no, no han podido. Yo nunca me he dejado, ¡qué va!, yo soy buena para defenderme, vea mi brazo, yo me puedo tumbar a cualquiera, si allá a los becerros los tumbaba para marcarlos.

Ahora lo único que quiero es estudiar, creo que después de eso me va a ir bien. Aunque no sé si pueda. Allá en mi tierra, yo estudié hasta cuarto grado,

pero no me gustó la escuela, el profesor nos pegaba y nos insultaba. De ahí me sacó mi papá porque tenía que ayudar en la casa, si yo crié a todos mis hermanos menores. Ahora no sé si pueda, ya no me acuerdo de nada, bueno firmar sí firmo y también leo un poco. Pero si estudio, puedo ganar más. Dicen que hay clases por radio y solo hay que asistir los sábados. Eso sí me gustaría. Aunque no creo que pueda llegar a bachiller, eso ha de ser muy difícil. Además en la escuela nos decían que a las mujeres con la primaria nos basta y que aún así es mucho. Yo lo que quiero es ser secretaria como las de las telenovelas.

Ahora tengo un buen trabajo. Nadie me molesta, no tengo miedo de nadie, estoy bien contenta. Sí, creo que me voy a poner a estudiar.



Mónica, hermosa muchacha campesina que vino a buscar una nueva vida en la ciudad, estuvo bien en ese trabajo y terminó la primaria. Hasta que llegó un hijo que vivía en el extranjero. Soltero, nunca se había casado a pesar de tener 40 años. Los primeros meses no pasó nada, pero poco a poco el deseo por la joven empezó a enloquecerlo. Por las noches caminaba por toda la casa, como león enjaulado, esperando la oportunidad para entrar al cuarto

de la muchacha que se encerraba desde muy temprano. Al ver que no conseguía nada de ella, la acusó de ladrona, de hacerle brujería, de estarlo envenenando, hasta que la echaron de la casa. Un día antes de que se fuera, en un descuido de ella, la violó y la golpeó hasta casi matarla. Luego de lo cual los patrones la dejaron botada en un hospital.

Mónica, 18 años, hermosa muchacha de piel dorada, de ojos dorados, de risa dorada, violada, humillada y maltratada; acusada de bruja como en la Edad Media cuando las mujeres fueron quemadas por ser demasiado bellas, demasiado sensuales, demasiado inteligentes, demasiado conocedoras: el mayor genocidio de la historia.

Mónica, a los 19, después de luchar contra las costumbres de su tierra, contra su pobreza, contra su atractivo; después de querer ser otra cosa, después de terminar la primaria, ahora camina las calles por las noches, sin estudiar más, sin ser bachiller, sin ser secretaria, sin haber cumplido ninguno de sus sueños.

Leonor Bravo  
Escritora

# CARTAS DE MUJERES EN IMÁGENES



CARTA DE MUJERES EN IMÁGENES



«Mi historia empieza como la de todas».

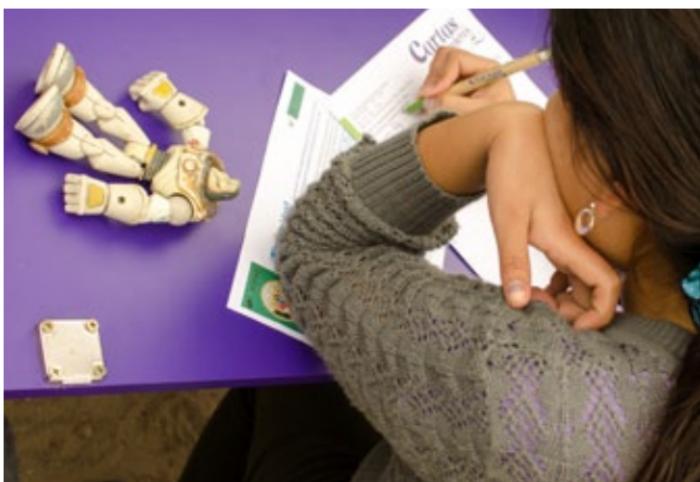


«Quiero compartir mi historia».

CARTAS DE MUJERES



«Yo siempre quise contar mi historia».



«Los insultos te duelen».

CARTA DE MUJERES EN IMÁGENES



«Y yo, pequeño, incapaz de hacer nada».



«No me gustaría ver a más mujeres sufriendo».

CARTAS DE MUJERES



«Yo soy enemigo de la violencia en general».



«Sepan que nunca es tarde».



